

ca defender ante el mundo pagano ciertas creencias cristianas: la existencia de un Dios único, bueno y, al mismo tiempo, juez del bien y del mal; la existencia del demonio, como enemigo del hombre y autor de su ruina; la supervivencia del alma tras la muerte, la resurrección del hombre, la existencia de los infiernos y de las penas eternas para los malvados. En esta obra, Tertuliano concibe el alma como incorpórea y, por lo tanto, impasible, que sólo puede ser pasible en comunión con el cuerpo, así que el alma separada será insensible antes del juicio final, pero sensible después de él, tras recuperar el cuerpo. El alma es, dice, una, simple e indivisible, por tanto inmortal; desde el principio tiene intelecto y sentidos; tiene elementos racionales y elementos irracionales, aunque sólo lo racional es original (natural), mientras que lo irracional es sobrenatural (no-natural); sufre una evolución a lo largo de la vida, pero dentro de ciertos límites, y luego su naturaleza es uniforme e inmutable. Para fijar el texto latino de esta obra, Vicastillo se ha apoyado en la edición de Willems (en CCL 1; de 1954) y en la última de Tibiletti (1984).

*A los mártires* (pp. 153-173) tiene como destinatarios a los cristianos que están pe-

nando en la cárcel a la espera del juicio. Se trata de una carta que consuela y exhorta a superar las debilidades y flaquezas a las que expone tal situación (tristeza, amargura, acritud, irritabilidad, desánimo, hastío, etc.), y que al mismo tiempo describe las duras circunstancias del lugar en el que están sus hermanos en la fe. En este documento, Tertuliano no diferencia *martyr* de *confessor*, como se hará después, sino que habitualmente adopta el término *martyrium* para significar la condena a muerte ya ejecutada, que es lo que constituye mártir al cristiano, aunque el martirio comprenda todos los sufrimientos padecidos desde el momento del arresto. En todo caso, en algunos textos usa ese término para referirse a cristianos arrestados y soldados tras cumplir una pena que no les había condenado a muerte. Para la fijación de este texto, Vicastillo se ha atendido fundamentalmente a la edición de E. Dekkers (en CCL 1), teniendo en cuenta también la de V. Bulhart (en CSEL 76; de 1957), así como las observaciones de R. Braun a las propuestas del último editor, A. Quacquarelli (1963).

Juan Luis CABALLERO

---

**BEDA IL VENERABILE**, *Commento all'Apocalisse*, traduzione e introduzione a cura di Donata Paini, note di Diego Ianiro, Roma: Città Nuova («Collana di Testi Patristici», 242), 2015, 220 pp., 13 x 20, ISBN 978-88-311-8242-3.

Beda es uno de los monjes ligados a la extraordinaria obra de desarrollo cultural llevada a cabo en Britania en el siglo VII y de la que surgió una enorme y riquísima biblioteca. Nacido en el año 672/673, a la edad de siete años fue enviado a vivir y estudiar a Wearmouth (hoy en día, parte de Sunderland, en el nordeste de Inglaterra). A los diecinueve años fue ordenado diáco-

no, y a los treinta sacerdote. Persona de gran cultura, leyó ampliamente los textos sagrados y los Padres de la Iglesia, además de las obras principales de la literatura griega y latina. Gran parte de su obra está compuesta por obras exegéticas: comentarios, homilías, himnos, oraciones, epigramas y hasta un martirologio. Su *Comentario al Apocalipsis* se puede datar, seguramente,

entre los años 703 y 709, en todo caso antes del año 716. Este complejo texto bíblico, aceptado con más facilidad en el Occidente cristiano que en el Oriente, ya había sido antes comentado por Victorino (su obra nos ha llegado a través de una revisión de san Jerónimo, purgada de sus trazos milenaristas más intensos), por Ticonio (a cuyo texto aplicó sus reglas exegéticas, retomadas explícitamente por Beda en el Prefacio a su *Comentario*), por Cesáreo de Arlés (en diecinueve homilías, atribuidas durante mucho tiempo, erróneamente, a san Agustín), por Apringio de Beja (texto retomado ampliamente más adelante por Beato de Liébana), y por Primasio (en el que también se inspira Beza).

El *Comentario* está compuesto por un Prefacio y tres libros de extensión bastante homogénea: el primero, dedicado a Ap 1,1-8,1; el segundo, a Ap 8,2-14,20; el tercero, a Ap 15,1-22,21. Estas grandes partes se subdividen a su vez en *capitula*. En cuanto al contenido, Beda propone una división en siete visiones, donde las primeras seis hacen referencia al tiempo de la Iglesia, mientras que la última lo hace a la eternidad resultante de la nueva venida de Cristo, en la *parusía* (Ap 21,11-22,21). El texto no es analizado por completo, sino que se tiene en cuenta sólo una parte de los versículos que, por otra parte, son citados de forma parcial, haciendo a cada parte comentarios de extensión muy diversa. Muchos códices contienen, además, antes del Prefacio, unos dísticos elegíacos, conectados con el *Comentario*, y que ofrecen una especie de resumen del Apocalipsis y especifican el espíritu con el que el comentarista se ha puesto manos a la obra.

Beda concibe la Sagrada Escritura como compuesta para nuestra corrección y consuelo, por lo que dice que estudiarla es deber de todo cristiano. Por eso, sus comentarios se ofrecen como un servicio hecho a toda la comunidad cristiana. Su análisis debe hacerse con cuidado, partiendo

de la letra, ya que se trata de textos complejos, en los que todo tiene un sentido. En el *Comentario al Apocalipsis*, concretamente, sigue las reglas de Ticonio. Así, él asocia a la tradicional lectura escatológica del texto apocalíptico, que inducía a referir todo el contenido al tiempo del fin del mundo y del juicio universal, la lectura eclesiológica introducida por Ticonio, que transfiere el mensaje del texto bíblico al presente, dirigiéndose directamente a todos y cada uno de los cristianos: la revelación profética contenida en el Apocalipsis, afirma Beda, ha sido dada por Dios para ampliar y perfeccionar la Iglesia fundada por los Apóstoles, para reforzar así a los predicadores de la fe contra los obstáculos del mundo. En este contexto, el comentario tiene un fuerte tono parenético; su autor tiene, además, una gran preocupación por hacer sus anotaciones comprensibles también a los lectores no expertos, y esto de una forma lo más clara y breve posible.

La visión de Beda es también fuertemente cristológica: Cristo, que es la verdad de la esencia divina, a través del misterio de la encarnación recuerda haber sido hecho también principio de la creación de Dios, para exhortar así por medio de estas palabras a la Iglesia para que soporte sus sufrimientos. Cristo, asumida la naturaleza humana, se hizo testigo del Padre, mediador entre Dios y los hombres; a través de la Pasión, ofreciéndose por nosotros, nos unió a su cuerpo, por lo que no hay ningún santo que pueda decirse libre espiritualmente del oficio del sacerdocio, dado que es miembro del eterno sacerdote. Como consecuencia de su visión eclesiológica y cristológica, Beda sostiene repetidamente la necesidad de los dos Testamentos, complementarios entre ellos, pues con ambos Dios ha vestido el cuerpo de los santos unidos al suyo; el Señor, con su pasión, demuestra que en él se cumplen las palabras de ambos Testamentos: el Antiguo preanuncia el Nuevo, y en él encuentra su cumplimiento.

Beda recurre con frecuencia a la exégesis alegórica junto a la literal. Hace también interesantes análisis etimológicos, para lo que recurre con frecuencia a Isidoro de Sevilla, interpreta alegóricamente los números –se trata de un elemento exegético sustancial– y se refiere con frecuencia a las seis edades del mundo, indicando el tiempo pasado y presente, con todas sus luchas y pruebas. A ellas les seguirá la séptima edad, la de después de la muerte del cuerpo y antes de la primera resurrección, y la octava, la edad sin fin, después de la segunda resurrección. A estos elementos se suman explicaciones de carácter más didáctico, para aclarar términos difíciles. Por otro lado, no es claro qué texto bíblico usa

Beda, aunque él mismo hace mención a diversas versiones.

El texto seguido para la traducción ahora ofrecida es el propuesto por la edición crítica de R. Gryson, *Bedae Presbyteri Expositio Apocalypseos* (CCL 121A), publicado por Brepols (Turnhout, 2001). En esta edición se añaden, junto a la división en *capitula*, las referencias al texto bíblico de la CEI. Tanto para los pasajes del Apocalipsis como de otros textos sagrados, se ofrece una traducción personal, que ha tenido en cuenta, en todo caso, la nueva traducción de la CEI y otras traducciones a los libros específicos.

Juan Luis CABALLERO

---

**Teodoro ABU QURRA**, *Tratado sobre la veneración de los iconos*, traducción y estudio introductorio de Rocío Daga Portillo, Granada: Nuevo Inicio («Colección Maestros de Oriente», 1), 2017, 201 pp., 12,5 x 18,5, ISBN 978-84-945921-8-8.

Este primer volumen de la «Colección Maestros de Oriente» (publicada por el Centro Internacional para el Estudio del Oriente Cristiano) nos acerca a una literatura muy poco conocida y de gran interés por diversos factores: el entorno musulmán en el que se desarrolla; su antigüedad; la terminología empleada, manifestación de un intenso diálogo intelectual cristianismo-islam que acabará en el siglo X, entre otras cosas por el establecimiento del califato chiita en El Cairo que amenazaba la hegemonía sunita.

El *Tratado* de Abu Qurra se sitúa en el contexto general de la controversia iconoclasta en el mundo bizantino. Frente a la pronta veneración de los iconos –representación de Jesús en su figura humana en lugar de la figura del Cordero, para enfatizar así su Encarnación–, los iconoclastas, en

gran parte bajo influencia platónica, despreciando la materia y cayendo en el dualismo y la exaltación de lo espiritual, condenaban toda representación de Jesús y sus santos. La lucha iconoclasta comenzó en Constantinopla posiblemente a raíz de su encuentro con el islam, a inicios del siglo VIII. Fue reinando el emperador bizantino León III cuando, en 721-723 el califa Yazid II ordenó destruir en sus dominios lo que consideraba imágenes de los ídolos, estatuas e iconos. En el año 730, el propio emperador pronunció un edicto de prohibición de la veneración de las imágenes sagradas, según los historiadores Teófilos el Confesor y el patriarca Nicéforo a causa de una erupción volcánica en la isla de Thera que fue interpretada como una señal de la cólera de Dios debido a la veneración de las imágenes sagradas. León III se encontraba entonces en